

La danza del Equilibrio

NIEVES VIESCA

LA DANZA DEL EQUILIBRIO

(Relatos)

- **Nieves Viesca**

- Primera edición impresa: 1996

Primera edición digital: 2012

Actualización digital : 2017

Reservados todos los derechos de Propiedad

LA DANZA DEL EQUILIBRIO suma una colección de once relatos, donde la autora *Nieves Viesca* demuestra su capacidad narradora por medio de personajes a medias verídicos o en parte fantasmales, que desde la perplejidad de sí mismos nos cuentan avatares y vicisitudes en una lucha constante por su existencia.

Juego de Sombras, ganador del Concurso de Cuentos Radio Q.K. o ***La danza del equilibrio***, broche final de este personal universo literario donde la metáfora de un histórico personaje se entreteje en el teatro Jovellanos de Gijón; son algunos ejemplos de la temática planteada en cada una de estas historias, centradas con maestría en personajes acosados por el miedo y el desconcierto, que con frecuencia recurren al subterfugio de fantasías quiméricas en apuesta continua por la esperanza.

ESTACIÓN DE SILENCIO

Cuando abandoné la casa familiar (corría el año 1969 por mi tierra Astur) la vida cobró silencio, un desmantelado silencio que nadie podía escuchar. Me seguía en la mudanza un sentimiento lejano y brumoso. Brumoso, como el rescate del primer boceto mental; lejano, como el primitivo origen de las cosas.

Mi madre, desde la cama que llagaba su cuerpo enfermo, sin posible curación, iba guiándome, día tras día, en los quehaceres culinarios. Lo hacía con rigor, con ese adusto y agrio rigor que suele imponerse a las criaturas pequeñas para que dejen de serlo: no disponía de tiempo para jugar, y menos aún para asistir al colegio. Tal vez por estas razones me había acostumbrado, con cruel indiferencia, a las quejas y fatigas de mi madre, al rictus doloroso de su boca acompañada, casi siempre, por una permanente salivilla oscura, que le salía por las comisuras de los labios febriles. Cuando este mal endémico se lo permitía, no tenía más gozo que hablarme de mi hermano Sendo, insistiendo sobre sus ademanes y preferencias. Con ello, pienso que trataba de mitigar su ausencia, untando, con escogidos recuerdos, el presente que anhelaba y no era.

Yo la escuchaba cabizbaja, recordando la figura de Sendo como un pobre infeliz disfrazado de Mefistófeles, con pelo greñado y rojizo, mientras su piel, sembrada de virulentas manchas similares al sarpullido de un sarampión, parecía emigrada de un crematorio.

Nos visitaba dos o tres veces al año, evitando la presencia de nuestro padre. Le acompañaba Clarita, su mujer. Ésta se presentaba siempre enojada, tratando de deleitar con sus regalos y su persona. A mí solía obsequiarme con lujosas muñecas de porcelana, ataviadas con vestidos de batista y lindos corpiños de calados y entredós. A mi madre, en cambio, la envolvía con aromáticos y melosos ramos de flores. Con zalamería, se sentaba al lado de la enferma, mirándola con ojos ciegos y disertando todo el rato, sobre resignación y buenos alimentos. Con un atrevimiento, propio sólo de una extremada ignorancia, cruzaba las piernas con coquetería, exhibiendo orgullosamente unos muslos ‘*tocinosos*’ que a mí me curaban de espantos. A veces se hacía la cariñosa conmigo y se

ponía a jugar un ratito con la muñeca recién regalada, vertiendo toda su jactancia al enumerarme todos y cada uno de los detalles de la costosa compra. Entretanto, para no aburrirme, yo me perdía en la contemplación de sus fascinantes zapatos de colores, deformados a causa de sus pies juanetudos. Mi madre, no obstante, parecía mejorar con aquellas esporádicas visitas. En cambio, cada vez que se iban, yo me quedaba rumiando el por qué de aquella lejanía, cuando sólo vivían al otro lado de la ciudad. Según fui creciendo, fui desdeñando más y más aquellos obsequios: me parecían demasiado engolados para ser ciertos.

Todas estas vivencias hubieran contribuido a sumirme en la oscuridad, si en medio de todas ellas no aflorase la figura de mi padre. Éste era, por entonces, un trovador entrecano, capaz de rescatarme, diariamente, del ambiente sórdido y enrarecido en el cual vivía sin ser consciente.

Llegaba, cada noche, con ojos fatigados y yo intuía el pesado fardo de sus obligaciones, aligeradas por abundantes lingotazos de aguardiente. Le recibía con fiel alegría, alimentada minuto a minuto. Cada vez que oía la llave introducirse dentro del ojo de la cerradura, me parecía que la casa cobraba vida, luz, armonía: siempre lograba sorprenderme. Siempre.

-¿Dónde está mi niña, a ver, dónde?

-Aquí, papaíto, esperándote.

-¿Cuidaste bien a mamá?

-Sí –afirmaba convencida.

-Y la escuela, ¿fuiste hoy a la escuela? –cuando denegaba con la cabeza enmudecía, enjugándose los ojos con disimulo.

-¿Conseguiste alguno de mis deseos? –le espetaba enseguida.

-¡Ah, tus deseos...! –exclamaba ocultando su satisfacción interior-. Eres una mocosa que me complica la vida, pero sí, algo he podido conseguir.

-¿El navegante de los mares de Ulises?

-No.

-¿La paloma mensajera?

-No.

-¿El tocador de maga?

Silencio.

-¿Has conseguido el tocador de maga? –pregunté ansiosa y emocionada.

-Te advierto que era una maga super-enana, por eso su tocador es así de pequeño.

Extrajo del bolsillo de su raída chaqueta un diminuto tocador de madera de olivo con un gracioso espejito, que recordaba la cara aniñada de la luna. Resultaba tan artístico y delicado que nunca dudé de la veracidad de su procedencia.

Mi padre era, además de ingenioso, ‘un manitas’: lo mismo arreglaba un grifo, que preparaba exóticos ungüentos para aliviar los dolores de mi madre, que reconstruía figuritas o enceraba nuestro largo pasillo agrietado por las viejas baldosas. Algunas tardes de domingo, mientras escuchaba los partidos por la radio, patinábamos por el suelo encerado de la casa sobre dos pedazos de gamuza con forma de peces. A menudo, cogíamos tanto impulso que, si el valetudinario cuerpo de mi madre se lo permitía, nos advertía chasqueando la lengua con fastidio:

-¡Un día de éstos os vais a estrellar!

Tenía una extraordinaria imaginación; era capaz de inventarse largas historias sin fin, llenas de episodios y peripecias extraordinarias. Creo que él mismo se creía cuanto contaba, al ver mi cara de mica pendiente de sus gestos y su voz hiperbólica. En esos instantes, recuerdo que le rejuvenecía el rostro y que el miedo, el horrible miedo al futuro y a la vida, desaparecía de su interior. En cambio, día a día, colada tras colada, mi interior se parecía, cada vez más, a una nube triste absorbiéndome el alma.

Pero la vida gestaba dorados misterios, lagos con luces y sombras, cuyo desconocimiento ponía en mi ánimo pensamientos y elucubraciones con aciago final:

-Papaíto, te estoy preparando mi testamento –aquella noche mi padre no pudo reprimir un estremecimiento-. Creo que voy a morirme, como mamá.

La huella de sus ojeras se difundió por las mejillas y los ojos se le nublaron como atravesados por una sombra.

-¿Pero qué dices, niña?

-Lo dicho, papaíto. Llevo tres días desangrándome por el culo –le dije muy seria.

Al oírme, mi padre pareció cubrirse de una mueca enigmática, y fijando su mirada en un pensamiento reconcentrado, me contestó, mientras le enseñaba los desastres de la enfermedad:

-Eso no es morirse. Eso es vida de mujer.

Tuve la sensación que, al decírmelo, una lágrima, una única lágrima caía lenta y angustiosamente por su cara.

Es a partir de entonces cuando algo comienza a romperse en el entramado que nos rodea. Se rompe, y yo comprendo que no puede ser de otra manera. Mi padre necesitaba, por afán de supervivencia, prolongar todo aquello que me importaba, sin comprender que, de repente, todo había dejado de importarme. Ya no deseaba una alondra, ni una bruja melómana, ni el barco de Ulises... yo necesitaba vivir un prelude de la mañana, palpar una luna muy pálida que se desvaneciera

en el cielo, acariciar un nuevo trovador, imberbe mancebo de pelo endrino y ojos dorados que me cubriera de besos y me hablara de amor. Paralelamente a estos cambios, zozobras y agitaciones, la mirada de mi padre se mostraba perdida, buscando cada noche un ser extraviado, un irrecuperable anhelo, una niña evanescente. Era terrible verme crecer y, al mismo tiempo, mantener a flote la vaguedad risueña de los cercanos recuerdos infantiles: no aceptaba mi natural crecimiento, no quería o no podía aceptarlo. Con cada solsticio, sus ojos fueron volviéndose vidriosos y los de mi madre moribundos.

Recuerdo aquel domingo, el domingo por el que lloro, por el que aún no puedo dejar de llorar. En el rellano, bajo la ventana, por donde entraba la luz de aquella tarde lívida y lluviosa del mes de marzo, oía entristecida la música lejana de una tómbola y la voz estruendosa de un charlatán de feria, ofreciendo ‘duros a cuatro pesetas’. Los ojos de mi madre agonizaban y yo puse, entre sus manos, una cruz, a modo de consuelo. La casa parecía vacía, como si sólo yo guardara aquel sereno y apacible desconsuelo. Mi padre, en otra habitación, dormitaba ausente, siempre beodo y ausente, sin ánimos ni fuerzas para afrontar la realidad. No obstante, fui a contarle la situación, porque necesitaba sostenerme en su frágil apoyo. Al mirarme, supo de inmediato lo que yo iba a decirle y, en su desesperado gesto, comprendí que estaba acabado: no era más que un símil irreconocible de sí mismo. Con afabilidad, me acerqué para besarle en la mejilla y entonces, inesperadamente, todo se precipitó: me mira, me mira como si no me viera o, tal vez, me viera demasiado. Oigo la profundidad de su voz, rozando la lujuria con la agonía a la par que siento sobre mí todo su peso, todo el frenético deseo de poseerme, mientras resbalo hacia una oscuridad angustiosa y turbadora, mientras me digo que no es verdad, que no es cierto nada de lo que está pasando. No puede, no puede ser... porque yo no soportaría aquel largo estremecimiento de dolor sin queja, sin una sola queja. Y mi padre, mi padre, no podría estar disfrutando con mi indefenso cuerpo tan bárbaramente. Era monstruoso. Monstruoso, sí, pero cierto, era cierto.

A través de la gasa liviana de los visillos, oigo al viento llorar junto a mi ventana hasta que todo se va, todo, incluida yo. Luego llegó la siguiente amargura, la más estremecedora tal vez: la indiferencia. Mi padre, con la boca entreabierta por la respiración agitada de su pecho, ladea la cabeza para no mirarme y, sin mediar palabra alguna, se levanta y se marcha.

Me quedé allí, tendida, frustrada, aterida por el frío como si aquella tarde de primavera fuera una helada noche de adviento.

Recordé entonces el perpetuo sollozo de las fuentes olvidadas, donde los niños, los inocentes niños, cantarían a su lado una lánguida y nostálgica canción mientras ocultaban sus lágrimas.

A los tres días enterramos a mi madre, cubriendo su lápida con celidonias y maravillas. A los pocos días, considerando que ya había visto toda la bondad, malicia y tristeza del mundo, decidí ponerme a servir, como interina, en la casa de unos ‘señoritos’ empalagosos, capaces de creerse dueños de un aire puro, sin atisbos de contaminación.

El día que abandoné la casa familiar, hacía dos meses que había cumplido quince años. Miré a mi padre, tratando de adivinar si en él nacía la culpa o si se disculpaba, pensando que nuestra naturaleza es flaca y frágil como ‘el barro del que estamos hechos’. Pero no pude adivinarlo. Simplemente se limitó a mirarme, a mirarme más allá de mis pupilas, tratando de ver lo que ya nunca podría volver a ver: la niña de sus ojos. Y su mirada cobró silencio, un desarraigado silencio que sólo yo podía escuchar.

Y mientras, en mí, se estacionó el otro, el ambiguo, el desolado y azul silencio; ése que exhalan las islas desiertas bañadas por mares también desiertos, donde la brisa, la aséptica brisa, mece una tibia canción de cuna con cada soplo de viento.

LOCURA ESFÉRICA

No es propio que una loca como yo sea la cronista de su momento más delicioso. Aun así les contaré en estas páginas el proceso descabado de mi actual alborozo.

Tengo que admitir cuánto valor me faltaba para hablar de ello con alguien. Porque, aun sabiendo que en este mundo hay mucha gente extraña -especialmente entre los hombres y las mujeres-, la locura esférica que invadía mi cerebro sobrepasaba cualquier trastorno.

Comencé a darme cuenta de ella ante mi espontánea estima hacia la anormalidad porque, verán ustedes: yo respondía al nombre de Dora, tenía por entonces veintiséis años cumplidos y mi físico –de una belleza electroimán- era tan difícil de describir como difícil es fijar los cambiantes estados anímicos del ser humano. Podía haber sido consciente de mi fuerza interior, podía. Sin embargo, no le presté atención. Por este motivo, la apostura y el ilusionismo fueron los escudos con que me cubrí cuando el mundo que me rodeaba me hería.

Recuerdo que, por aquel tiempo, compartía la malsana costumbre de embriagarme con Pilar. Pilar era mi compañera de trabajo, relativamente buena persona, de carácter versátil, poco lógica y algo avara, cuyas menguadas facultades de análisis disculpaban su frenética adicción al consumo. Cada noche nos perdíamos de taberna en taberna buscando, Pilar no sabía qué, y yo... yo buscaba a un joven varón, especialista en volumetría, alto, obeso, de abdomen prominente, vestido con levita, guantes y sombrero de copa, de cuyo crecido cuerpo nadaría la configuración de los algodonosos sueños, sempiternas vueltas alrededor de un cielo. Sería un encuentro breve, breve como todo lo realmente bueno.

Las cosas que parecen no tener lógica comienzan a tenerla a partir del momento en que cobran cuerpo. Porque viviendo como vivía entre mentes tan lúdicas, cuya máxima aspiración era el logro de un peso ideal, mis insólitas apetencias no eran más que el inicio de una trepidante locura. Nadie, nadie en aquel mundo estaba dispuesto a contemplar el paisaje tierno de una mofletuda sonrisa. Y yo, mujer de raza ancestral y primitiva, que se había refinado en el tipo, aunque no en las ideas, buscaba cada día la

osadía de un cuerpo diferente, semejante a la miga tierna y esponjosa de una hogaza de pan.

Por si todos estos desatinos no fueran suficientes, la evidencia me delataba. Sin darme apenas cuenta, iba dejando huellas, por aquí y por allá, de mi contradictoria naturaleza:

-Mónica, ¿Te imaginas una pasión delgaducha?-pregunté a otra amiga cuando ésta se tomaba un café con leche desnatada, endulzado con sacarina.

-No, no, sólo puedo imaginármela grande, grande, grande.

-¿Y por qué no gorda, gorda, gorda? –le contesté convencida.

Me miró estupefacta, como si acabara de decirle una estupidez o una aberración.

¡Pobre Mónica! La recuerdo igual que un contador de calorías, sumando y restando gramos a sus comidas sin sal. Cuando se maquillaba, lo hacía como un ebanista que barnizase un mueble. Estaba convencida de su gran solidaridad, por eso cada vez que entraba en un café se atornillaba horas y horas en una mesa, sin importarle lo más mínimo la desesperación del dueño del local. En esos instantes, de agradable relax, le molestaba sobremanera que algún mendigo, emigrante de color o artista desahuciado, le importunara con la nimiedad de pedirle una moneda. Tenía el carnet de estudiante. Para Mónica estudiar era lo contrario de aprender cosas: llevaba años y años instalada en el primer curso de su primera carrera.

Estaba enamorada de Ismael. Ismael era mi vecino, relojero y amigo de toda la vida, el cual siempre se mostró un poco incrédulo acerca de mi espontánea demencia:

-A ti lo que realmente te sucede es que eres un poco obsesa -solía decirme.

Para él estas desviaciones mías no eran más que chiquilladas, chifladuras de poca monta. Claro, como diariamente tenía una tertulia en su relojería donde investigaba todo, o todo lo que podía referente a las vidas ajenas, mis trastornos no le conmovían.

-Mientras trabajo je je, hago lo posible por ilustrarme –solía decirme triunfante, creyendo que en su cerebro anidaba toda una enciclopedia didáctica. Pero yo, psíquicamente perturbada, sólo acerté a ver en él a un escuálido granuja, poco serio y pésimo comerciante, que además se burlaba de mis dudas y preocupaciones, especialmente en los días en que su régimen era más riguroso. A pesar de ello, he de admitir que su persona despertaba pasiones:

-Tú dirás lo que quieras, Dora, pero este vecino tuyo vale una millonada –me decía Raquel, posando sus ojos con avaricia sobre las vitrinas repletas de joyas con piedras preciosas. Y es que para el

romanticismo de Raquel, el brillo del dinero era la más valiosa de las pasiones.

-Mujer, por una vez en tu vida, ¿no podrías ver que Ismael, más que una millonada vale una melonada?

Con esta absurda sandez, mi amiga pensó que si no estaba loca, poco me faltaba.

Y es que, para qué negarlo, necesitaba ayuda: eran todos tan equilibrados y yo, sobrellevando solita aquellos flagrantes trastornos, temiendo día tras día que en mi cerebro se hubiera introducido el mayor de los desequilibrios mentales por medio de una juguetona bacteria. Porque para entonces, ya había iniciado mi errática colección de objetos redondos, cuyo contacto me proporcionaba sabrosas emociones táctiles. Recuerdo que la inicié con la suavidad de un ovillo de lana, más tarde la fui ampliando con bolitas de barro, aros, balones, pelotas de colores... hasta que llegué a poseer un pueblo nevado, cubierto por una burbuja de policromado cristal.

Para procurarme ciertas dosis de optimismo, decidí transmitir a Laura, en un buen restaurante, mis nuevas aficiones. Laura era la prima de un antiguo novio mío, amante de la negación y el pesimismo. Cuando comenzaba un trabajo tenía la misma prisa por iniciarlo que a los quince días la tenía por terminarlo.

-Mujer, a veces suceden estas cosas –respondió Laura a modo de diagnóstico entre el primer y el segundo plato del mediodía. Pálida y estirada, fue imposible arrancarle una palabra más. Al ver su consolador mutismo, me subió tal angustia por el pecho que tuve que calmarme con la medicina que tenía más próxima: la comida. Y comí, claro que comí, obedeciendo más a mi maltrecho subconsciente que a mi débil voluntad, mientras Laura, seria y almidonada, se tomaba la revancha, consumiendo pescado hervido para demostrarme que, en este mundo, uno no puede extralimitarse en el sagrado canon de la belleza y la salud.

Estaba claro: mi cordura era dudosa. Tan dudosa que en los últimos tiempos me vi obligada a practicar el deporte de la soledad. Y rodé, rodé por las calles reducidas y tortuosas de *Cualquierciudad*. Calles tan estrechas de sustancia humana, tan parcas en suspiros, tan arbitrarias en justicia, tan favorecidas en ausencias y olvidos; olvidos de saludos con sabor al ayer, al mañana, a cartas escritas con papel reciclado, a guiños, a sonrisas, a visitas, a sueños soñados a...

Y durante aquellos largos y solitarios paseos, las palabras de mi abuela –demente senil- me llegaron como un legado de sensatez bien medida:

-Ciruelina, si quieres ser feliz en este mundo, primero crece, después estudia a la gente, aprende cómo es la humanidad. Cuando la conozcas comprenderás que ya no podrás apearte de las nubes.

Yo, desdentada y con coletas, no acertaba a comprender el significado de tales palabras:

-Seguiré tu consejo, *ita*.

-Si puedes, Ciruelina, si puedes...

Ahora vivo alejada de los calendarios. Me hospedo a las afueras de la ciudad, en un lugar embriagador para la gente que ha dimitido de la realidad. Aquí convivo con pájaros que se suicidan en domingo, borrachos que juegan a beber mucho y beben poco, moribundos sin nichos, inventores sin inventos y vates cuya firma no ha conocido ni el lápiz ni el papel; aquí convivo junto a personas uniformadas de blanco que hacen como que hablan y no dicen nada, que de entrada sonríen cuando sólo hacen muecas y que permanecen marchando, cuando sólo acaban de aparecer. Aquí todo es tan verdad, que por momentos todo parece mentira.

Pero no importa, nada de esto importa: queda la luna, confidente niña de plata, estepa radiante con grisáceos ramilletes de moteado cristal. Ella me envuelve con la esfera de sus alas, sinuosas, tenues, frágiles pompas de jabón. Yo, consciente de que tales imágenes sólo son oníricos enredos, anhelo convertirme en algo leve, velo volátil, onda donde rebotar blandamente y sin miedo. Intento, intento entonces entreabrir mis párpados y... no puedo. Me siento agua, gota de agua limpia, que flota sin límites en la red esférica de los sueños.

No es propio que una loca como yo sea la cronista de su momento más delicioso: el sueño, la cura del sueño.

JUEGO DE SOMBRAS

Finalista

Concurso de Cuentos Radio Q-K (Asturias)

Cuando le conocí éramos aún muy jóvenes. Yo ponía lazos en mi larga melena, aunque para verle embadurnara la cara con colorete y los labios con carmín. Él tenía la frente llena de espinillas, pero todos los días afeitaba su escasa “pelusilla” consiguiendo un peculiar aroma de varón.

Nos veíamos a escondidas, burlando la disciplina familiar. En una moto pequeña y de quinta mano nos íbamos diariamente hasta una casa deshabitada que, en cierta ocasión y antes de conocerme, Raúl descubrió a las afueras de la ciudad, cerca de un basurero.

Durante el trayecto, y subidos en aquel trasto rodante, nuestros ánimos transmitían una cálida sinfonía de Beethoven propagada al viento por algún extraviado aparato de música. Conducía feliz, seguro de sí mismo, sintiendo mis brazos alrededor de su cintura.

Con nuestra presencia inundábamos de vida aquella ruina viviente, sin importarnos que el techo se desmoronara, que las paredes rajadas se deshicieran, o que los suelos de madera podrida tuvieran un color negro a causa de las goteras. De común acuerdo, decidimos acondicionar un rincón con dos sillas cómodas y el armazón corrosivo de una mesa de metal que, sin más, cubrí con una manta de cuadros, para olvidar la tristeza que me producía su dolorosa resistencia.

Perdíamos el tiempo en crear, con las manos, figuras en la pared, a través de las sombras y el contraluz que se filtraba por los cristales rotos de las ventanas. Con este juego, formábamos todo un mundo de pequeños animales, un insólito bosque, un vergel a nuestro alrededor. Raúl ponía la inventiva y el movimiento; yo la voz, la risa o el llanto: “Soy un pajarillo alegre, quiero volar por el campo.” “...La ardilla está triste, hoy no desea correr”.

Poco a poco aprendí a detectar, a través de este juego, el estado anímico de Raúl. Aquellos animalillos reían, saltaban o sufrían paralelamente a su voz interior, excesivamente alejada de sus labios. Jamás me confesó ni un llanto ni una alegría que no nacieran de nuestra relación.

Presentía que, alejado de la órbita de aquel perdido lugar, la existencia le resultaba líquida, transparente lluvia insípida e inodora.

Cierto día que la tormenta logró sorprendernos, llegamos empapados a la casona y, al quitarnos la ropa, inesperadamente le vi, en la espalda, las dolientes señales de una vara o, tal vez, un cinturón. No pude evitar estremecerme y él, al notarlo, pensó que tenía mucho frío y, sin dudarlo, destapó la mesa de metal, cubriendo con la manta nuestros cuerpos.

La primera vez que se recreó con mi boca recibí la delicia de una rosa roja, bella, fragante; y esos días estuve muy inquieta. Por más cuidados que puse en conservarla, no lo logré. Veía reflejado en la flor, los efectos de un inesperado pinchazo. Pensaba: “Los sentimientos más hermosos, ¿también se marchitarán aun cuidándolos?”.

Me di a él. Sin darme apenas cuenta sólo anhelaba formar parte de aquel espacio suyo, amándolo, sin trabas ni condiciones. Cuando notaba que se sentía algo más relajado, jugábamos a las cartas o al parchís. Si yo perdía, molesta estallaba en absurdos enfados provocándole la risa; una risa atractiva, contagiosa, con la fuerza necesaria para transformar el rostro de Raúl en un pequeño universo.

Sin embargo, resulta inevitable recordar aquella tarde. La ira y el dolor fueron más fuertes que nosotros dos juntos. En la pared, una y otra vez, se empeñaba en proyectar la figura cruel de un halcón que se divertía atormentando a un conejito. Era mi voz quien expresaba la agonía, hasta que me negué:

-¡Tu juego es estúpido, como el conejo!

-¡No lo es!

-Sí, sí lo es.

-¿Qué puede hacer un conejo frente a un halcón?

-¡Defenderse! –le dije airada, notando por sus facciones cómo esta respuesta le ponía al borde de un precipicio.

-¿Y si no puede defenderse? –preguntó en un soplo de voz.

-¡Entonces, que se esconda permanentemente en una madriguera!
–exclamé comprendiendo, ya tarde, que lo había arrojado al abismo. Quería calmar el sufrimiento que sin duda le embargaba, hablarle cariñosamente, pedirle que se explicara, pero no lo hice ante el obstinado mutismo que me llegaba.

Fue a partir de este suceso cuando los ojos de Raúl dibujaron las líneas de una huida sin retorno. Mencionó un viaje largo a casa de unos parientes lejanos... El día que sonrió, apretándome excesivamente la mano, aquella boca y aquel cuerpo amado ya llevaban sabor a luna, a sol, a encuentros que se quedan atrás sin juegos ni sombras.

De regreso al hogar paterno y subida a la destartada moto, rodeaba por última vez su cintura con mis brazos cuando, instintivamente, tuve que llevarme el dedo a la boca, succionándolo, como si el tallo de una maravillosa rosa me obligara a recordar los reflejos marchitos de un amargo pinchazo.

MELODÍA URBANA

Sólo melodía usábamos para arrancar unas míseras monedas al prójimo y a la vida. Con ellas, mi dueño se inyectaba mortífero polvo blanco y yo, su instrumento musical, su flauta, continuaba representando aquella absurda razón de ser. Tocábamos siempre en plazas urbanas, hermanadas todas entre sí por su parecido estético: llevaban la siembra del frío y duro asfalto, el silencioso permanecer en bancos y farolas, el ciego y mudo cable de la luz. Tenían la huella del árbol preso, domesticado, urbano al fin, que en perfecta formación trataba de sobrevivir al diario transitar de las gentes, gentes perdidas entre edificios ambiciosos en altura. Gentes perdidas entre miradas distantes, indiferentes, como distante e indiferente era el mirar de las reposadas estatuas, reinas advenedizas de unos parques donde a nadie parecía importarle lo de nadie, ni tan siquiera nuestra latente música de vivir. A veces, nos llegaba la risa o el juego de un niño, el lamento de un anciano, el frenar brusco de un coche... pero siempre de lejos, muy de lejos.

Conocer a mi dueño supuso, en los primeros momentos, una gran decepción. Al verle, me sentí envuelta en desgracia: su aspecto era duro, descuidado, con cabellos largos y desgreñados, pantalones ajustados mostrando una excesiva delgadez, playeros sucios, gastados... toda aquella imagen me dio mala espina. Yo, ambiciosa soñadora, creía en la posibilidad de pertenecer a una distinguida agrupación instrumental, siendo tratada por un experto flautista que supiera valorar la delicadeza de la madera noble con sus justas aleaciones de metal, como corresponde a una flauta de primera; lucir este dulce timbre musical ante un auditorio experto y, en las gratas horas de descanso, ser metida en una delicada funda de terciopelo para mi correcta conservación.

Pero al instante comprendí que todo eso sería imposible. Del nuevo dueño sólo podía esperarse el frío callejero, la lluvia solitaria, el vacío más desolador. Por las noches dormiría dentro del forro de su raída cazadora de cuero, oyendo constantemente los latidos del corazón, acogidos, por mi parte, con la molestia que se acoge a quien diariamente golpea nuestra puerta a la hora gratificante de la siesta.

No entendía aquella absurda forma de conducirse: el correr constante detrás de los bolsos de las ancianas, el frenético hurgar dentro de los contenedores, la búsqueda desesperada de un alimento cruel que, a través de sus venas, le sumía en un trágico balanceo de sueños, al abrigo de pensamientos dolorosos, de realidades amargas, sin admitir nunca su aciago despertar, su cada vez más empuñada dignidad humana, su existencia.

Y, sin embargo, no sabría decir de qué manera llegué a él. Tal vez ocurrió con el contacto diario de su labio inferior apoyado en mi embocadura, o quizá con el aprisionar delicado de los dedos sobre mis orificios que, sin darme cuenta, comencé a formar parte de su estructura, encadenándome a aquella base viva, para formar parte de un proceso donde el diario sentir acababa convirtiéndolo en verso flotante de ordenado compás, de un delicado recogimiento, de expresión sin palabras. Lograba arrancarme sonidos elevados, dignos del más ilustre artista, interrumpidos apenas por el tintinear de las monedas o la socorrida plegaria: “¿Una moneda, señora?... Señor, ¿Una moneda?...”

Y ya el enigma de esta alma suya se descubrió para mí. Deseaba tanto vivir, seguir viviendo, que no se acordaba para nada de la muerte. Creía que ésta nunca sería para él. Ocurriera lo que ocurriera, se inyectara lo que se inyectara, sólo podía hacer una cosa: aceptar y seguir. Seguir, siempre seguir, con la cruz elegida, con el camino erróneamente marcado, pero seguir, con valentía seguir, siempre seguir viviendo.

Hasta que cierto día le enmudeció de aflicción el alma por los reflejos del cuerpo. Éste, se pasaba el día sudando, temblando, escupiendo agonía por los ojos, engendrando brutal energía por el pecho. Le asaltó entonces, por primera vez, la duda de si vivía muriendo o moría viviendo. Con inesperada desesperación buscó la casa familiar: los padres, los hermanos, los vecinos que le vieran nacer... Llamó a sus puertas pero no le contestaron. Oía las añoradas voces como quien oye el eco de la montaña. La calle de la niñez, de repente, se vistió para él con el vacío, con el abandono de quien no posee, con la nada más fría de la más fría plaza urbana.

Los meses siguientes fueron terribles. Asaltaba comercios por las noches para mortalmente endeudarse cada mañana. A veces me acogía con dulzura, pero no acertaba a llevarme a la boca. Consumía los días tirado en una esquina cualquiera de una calle cualquiera, hasta que las ansias de vivir volvieron a ponerle en pie. Con macabra desesperación, me hizo entonces sonar una y mil veces, sin descanso, pero ya mi timbre de voz no era dulce ni extraordinario. Sólo era una dantesca pantomima, como su figura, incapaz de mantenerse en posición horizontal. Y danzaba entre las gentes con rostros de cera, con ojos de prisa, con semblantes inaccesibles. ¡Qué agonía! ¡Estar y no ser visto, tocar y no ser escuchado, participar del

bullicio aislado, siempre aislado! Cada vez que arrancaba una nota de mi cuerpo, el aire parecía musitar: “Señora, ¿le importa si vivo?... A usted, señor, ¿le importa si muero...?”

Aquella noche fue más fría aún que las anteriores. Caía una fina capa de lluvia envuelta en granizo. Mi dueño se preguntaba, antes de inyectarse la muerte, qué maravilloso sueño había logrado que Hamlet permaneciera inmortal, sin haberlo sido Shakespeare, y qué devastadora realidad había conseguido que el cuento de *Caperucita Roja* no tuviera razón de ser contado en un futuro: no habría peligro, el temor en los niños desaparecería, ya no infundiría terror la historia porque el lobo, el lobo de cuatro patas... estaría exterminado.

Con una mueca me acercó a su boca. Esta vez fui yo quien le arrancó del espíritu el último aliento de vida, el más crecido, el más amado, el que llega hasta los confines del horizonte. Y es curioso comprobar, ahora que no escucho los latidos de su molesto corazón, cómo mis orificios se han convertido en insondables pozos negros de cuyo fondo brota una melodía viva, muy viva, urbana, muy urbana, con una insaciable sed de seguir, siempre seguir, seguir viviendo.

“Sólo vivir es existir”
M. DE UNAMUNO

TREN DE CERCANÍAS

Sabía que era absurdo, que no tenía sentido hacer aquello, que jamás subiría al tren que la llevaría lejos, muy lejos del cercano mundo, del cotidiano hogar, del presente día. Pero allí estaba, sentada en el andén, participando anónimamente de aquel ambiente vivo, bullicioso, sembrado con distintas esperas, impregnado por diferentes llegadas, dueño de fieles destinos cerrados y lacrados con billetes de ida y vuelta.

El recién estrenado día estaba frío. Mientras se subía el cuello de la gabardina, Ginebra pensaba: “Pobres gentes, parecen tan tristes, tan serias... ¿Llevarán, entre las maletas, algún sueño de la mañana? Y palpando con la mano su bolso de viaje medio vacío curiosamente lo halló medio lleno. “Las ilusiones –se dijo- ocupan espacio, mucho espacio...”

Junto a esta ocupación emocional, había preparado para la ocasión un libro, un bloc de dibujo, pinceles y colores, la mejor fotografía familiar y, ¡cómo no! el perfumado jersey negro de cuello cisne, ave elegante, majestuosa, dueña de los lagos más serenos. También absurdo ganso; pájaro torpe cuyo vuelo no se alza jamás.

Con notable regocijo, Ginebra pensó que alzaría el vuelo aquel verano, cuando su padre le propuso terminar los estudios en el extranjero. Sin embargo, un brutal accidente truncó tales proyectos. Sin creérselo, de repente se vio sumergida, durante tres largos años, en un angustioso mundo de hospital, rehabilitación y pesadilla.

En este lamentable estado conoció al doctor Varela, quien no dudó en proporcionarle toda la medicina y todo el amor a su alcance para que Ginebra poco a poco volviera a mover sus brazos y sus piernas con total soltura. A él le debía, sin duda alguna, la vida y también los tres hijos que nacieron después del rápido enlace. El día que Ginebra se vio al lado de su esposo y rodeada por seres pequeños, hermosos y sanos creyó, por un momento, que había rozado el cielo.

Este mágico sentimiento logró acompañarla durante mucho tiempo. Como entre nubes, ella sólo era ellos: vivía por ellos, sentía por ellos sin

tener nunca presente las medidas de longitud. Pero este vuelo mágico paulatinamente se debilita. El puzzle inesperado de la vida se le fue desplomando, las piezas comenzaron a perderse, incluso algunas a no encajar. Todo seguía igual y a la vez todo era distinto. Nada había cambiado y nada era lo que fue. La vida empieza a serle una monótona repetición de apariencias. Con asombrosa claridad, veía cómo el interior de su ser se descomponía en minúsculos pliegues repartidos aquí y allá. Ella, sin saber cómo ni cuándo había dejado de ser *ella*. Estaba medio perdida, secretamente invadida, alejada de sí misma, sin identidad. Se torturaba con la posibilidad que alguna vez de sus labios escapara un reproche inoportuno: “¡Todo lo hago por vosotros!”; para seguidamente oírles contestar asombrados: “¿Por qué piensas que te sacrificas por nosotros...? nadie te lo exige”.

Al pensar en estos sentimientos que diariamente la acompañan, a Ginebra le invade un escalofrío. Desafiante, fija la vista en el reloj de pared de la estación y continúa diciéndose: “Lo primero que haré, cuando llegue a la nueva ciudad, será alquilar un piso pequeño para vivir cómodamente. Acondicionaré un estudio para mí. Trabajaré. Viviré sola. Podré volver a sen..tir...me...¿Podré...?”

En ese momento la megafonía anuncia la salida de varios trenes hacia lugares con nombres propios, pero que a ella le son totalmente ajenos. El silbido de un tren rasga la espera, invitando al alejamiento, a la huida proyectada por los raíles de la vía, líneas paralelas cuyo destino no se une jamás. Y es en esos precisos segundos cuando Ginebra, reacciona. Toda aquella proximidad le irrita, le molesta: el ruido lejano y sordo de los coches que avanzan; las gentes entrando y saliendo por las anchas puertas; la estación, nave desparramadamente inmensa... Desconcertada, corre hacia el lavabo de señoras entre alientos que pasan, cruzan, giran, tornan, marchan de un lado para otro... Al entrar en el wáter, Ginebra agradece el silencio, interrumpido sólo por un monótono goteo. Abre el grifo y se moja la frente. Al incorporarse, ve su propia imagen reflejada en el espejo. Las gotas de agua resbalan por su rostro descompuesto. Imaginativamente, le parece estar protagonizando brucas pinceladas del lienzo de Edvard Munch con un grito de colores y formas patéticamente desfiguradas donde el dolor, el suyo, es el único protagonista.

Con pasos cortos y pesados, Ginebra abandona la estación como quien abandona un teatro con la boca reseca por el despojo absurdo de una disparatada tragedia teatral. De vuelta al hogar se dice que, la vida, la suya, tal vez sólo sea eso: intentos, vanos intentos de teatral subsistencia.

Al entrar en la casa tapando ingenuamente el bolso de viaje con la gabardina, el doctor Varela finge no darse cuenta y aborda a Ginebra con

una cordial bienvenida. Sus hijos, en tropel, se acercan alborotando y hablando casi todos a la vez:

-¡Mamá, aprobé el examen de Matemáticas!

-Estupendo, Manuel, estupendo.

-Mami, ¿me dejarás mañana ir al baile con Teresa?

-No sé, Laura, no sé, habrá que consultarlo con tu padre.

-Mamaíta, te estaba esperando. Tienes que curarme el dedito.

¡¡¡Tiene pupa!!! –se lamentaba entristecida Martita.

A los pocos minutos todos se sentaron hambrientos a la mesa. Al tomar la sopa caliente, el líquido pasa por la garganta de Ginebra reconfortando todo su cuerpo. Otra vez estaba en el lugar elegido, el único al que pertenecía. Entre bocado y bocado, los niños, con el padre a la cabeza, bromeaban y, al mirarlos, sonrió entristecida: le pareció que a lo lejos el tren de cercanías llevaba un equipaje, dejando en reserva su billete de vida.

LUCES DE CARRUSEL

Coincidía con ella en el portal, al regreso del tedioso trabajo del banco, en esa primera hora de la tarde cuando los estómagos hambrientos se van desplomando. Con los pies apoyados en el último escalón de mármol, ubicado al final del amplio vestíbulo, ambos esperaban la llegada del ascensor. David, con ojos imantados, observaba a su vecina de soslayo, hablándole desde su interior: “Hoy te has vestido nuevamente con el traje de paño gris y te has retocado con ese caprichoso prendedor de fieltro color ceniza, que lleva una pluma de ave del mismo color. Como siempre que te veo, despides el aroma sereno de la bella distinción. Pero tus ojos... ¿Qué reflejan hoy tus ojos?”.

El ascensor llegaba. Las puertas metálicas se abrían y, después de cederle el paso cortésmente, pulsaba el botón preguntándole:

-Al noveno piso, ¿no?

-Sí, gracias, al noveno –afirmaba ella.

“Te has maquillado en exceso –continuaba David-, marcando con virulencia el rojo carmín de tus labios, las rayas negras que rodean tus ojos, ojos verdes, bellos, extraños, de mirada perdida, dueños de una luz que me sobrecoge. Sé que esconden dolor. Lo sé. Lo adivino. Lo adivino porque permanezco estático mirándote cada día y sé que, ante mis ojos, tus dos canicas de pierrot esconden una triste lejanía.”

El cuadrilátero mecánico, ajeno siempre a cualquier emoción, ascendía con su ritmo programado: 1, 2, 3... “Ya no eres joven –se decía- y sé que vives sola: las andanzas de la vida comienzan a palidecer tu rostro; la corriente del tiempo te lleva recuerdos, sensaciones, esperanzas; conservas lozanía y vigor, pero no primaveras. El tiempo inexorablemente se desliza, lo pierdes, se te va”.

El ascensor, como un émulo simultáneo, trazaba el camino en colores: 4, 5, 6... con tanta monotonía que, en ocasiones, la mujer aprovechaba el tiempo para extraer de su bolso de mano unas llaves que dejaba tintinear en el silencio.

“Pero si tú me miraras, sí, si me miraras con una larga y acariciadora mirada... podría ser todo distinto. Te haría ascender descendiendo hasta los recuerdos más infantiles, devolviéndote a tu prístina fuente. Giraríamos, daríamos vueltas en el corcel de un carrusel multicolor. Nadaría entre tu pelo, buscaría la voluptuosidad en tus brazos y galoparíamos lejos, muy lejos, más allá de ti, de mí, de nosotros...”.

Los botones, con luz propia, parpadeaban metódicamente: 7, 8... “Pero, claro, es inútil, todo es inútil. No me miras, no, no lo haces. Pero ¿Por qué no me miras? ¿Por qué no lo intentas? Sueño y, mientras sueño, invento y te recreo”.

Con un movimiento cortante y seco, el ascensor llegaba al noveno piso. Las puertas metálicas se abrían y David, con su timbre de voz ronco, la despedía:

-Adiós, señora, buenas tardes.

-Buenas tardes –respondía la mujer con voz ausente.

Llegaba enero. El invierno se abatía crudamente sobre la ciudad. Violentas ráfagas de viento soplaban sobre los días y el ánimo de David, quien veía cómo las hojas muertas cubrían el suelo de sus pasos, al no coincidir con la mujer de los ojos verdes. Aquel mediodía tropezó, por contra, con un sinfín de guías telefónicas apiladas de mala manera en el portal del edificio. Esperaban entronizar la mesa de trabajo, el escritorio o el revistero de los ansiosos vecinos. Al ver aquel enjambre de páginas amarillas reducido a un simple compás de espera, el pensamiento del joven voló de nuevo: “Con este par de guías podría presentarme en su casa. Es un recurso pobre, sí, lo sé, pero de todas maneras...”.

Con esta idea, David entra de nuevo en el ascensor. Repentinamente se veía invadido por un sopor vago que le arrastraba, no sabía muy bien hacia qué ni hacia dónde: “¿Qué haré si por fin me decido y ella no me abre la puerta?... o si decide abrirla pero me recibe con malos modales... tal vez no esté en casa... o tal vez...”.

En aquel reducido espacio, todo le daba vueltas: las dudas, reflejadas en el espejo; la luz halógena instalada en el techo cubierto por una redecilla metálica; el cartelito pegado en la pared y advirtiendo, en letras rojas, el peligro que suponía que los niños viajaran solos; el cromado resplandor de las puertas metálicas... Sin atreverse a precisar dónde empezaba la realidad y dónde el ensueño, David se vio ante el timbre de su vecina. Un suave repique de campanas fue toda la espera que tuvo que soportar antes de que la puerta se abriera y la mujer de los ojos verdes lo recibiera con sorpresa. “Qué bella estás, así, con la cara lavada, el pelo suelto, la bata larga de ‘color sensaciones’. Te enseñé la excusa, las guías, las chillonas y miopes guías telefónicas, donde uno encuentra lo que no

busca y lo que busca no lo encuentra. Sonríes. No, no has estado enferma, es que simplemente has estado unos días de vacaciones. “En Navidad un respiro se agradece”. Me invitas a pasar y yo penetro en el interior de una casa extraña, vacía, desolada, donde sólo puede escucharse un vago lamento. Me vas guiando y recorro, con la mirada, unas habitaciones desnudas, deshabitadas, salvo por algún que otro paquete embalado en el suelo. Voy detrás de ti preguntándome, estupefacto, cómo puedes vivir así, sin habitar tu presencia, sin sentirla o sin sentirte; pero de momento nada especial nos decimos y te sigo, te sigo esperando hallar alguna respuesta. Por fin me llevas a una alcoba donde el vacío parece dulcificarse. En un ángulo de la estancia veo una cama ancha, blanda, grande, donde el colchón guarda el calor de la noche anterior. Enfrente, una ventana desnuda dibuja un panorama de tejados pardos, poblados todos ellos de esqueléticas antenas colectivas acompañadas por invisibles y fantasmales hilos eléctricos. Al fondo, un oscuro patio de luces impide ver la calle o la salida del sol. Me fijo en la madera de la ventana, agrietada por el tiempo como tu rostro, como tu interior. Y dime... ¿Cómo superas la soledad del silencio? Acaso te deslizas por la corriente de las cosas hasta perderte, como yo, en la nada; o buscas hacerte dueña de tus inquietudes. Ah, tu mirada, mi inquietud es tu mirada que... ¿Qué ocurre...?”.

Un movimiento cortante y seco hizo que la realidad se impusiera: seguía en el ascensor. Las puertas se abrían ante el piso de David quien comprendió que, fuera de su pensamiento, nada nuevo había ocurrido.

El invierno se aleja. Los días han transcurrido con parsimonia, alargándose como una convalecencia dolorosa. Pero hoy todo adquiere una apariencia distinta: la mujer de los ojos verdes ha vuelto a coincidir con David, en esa primera hora de la tarde cuando las grandes urbes muestran una pausa fugaz, antes de que regresen a su inminente ajeteo. Con los pies apoyados sobre el último escalón de mármol, ubicado al final del amplio vestíbulo del portal del edificio, la mujer se entretiene mirando a David de soslayo: “Hola, ¿cómo estás? Por fin vuelvo a ver tu joven rostro escuálido, tu bigote y tu pelo negro, tus ojos oscuros, ausentes, que evidencian un gran vacío, como si nada te hiciese vivir lo suficiente o como si no hallases la ilusión de poder ilusionarte. Sólo tu mirada impasible se torna gozo al mirarme, derrama vida, intensa emoción y debo luchar conmigo misma para que esa emoción no logre desprenderme de mi pasividad habitual”.

-Al noveno piso, ¿no?

-Sí, gracias, al noveno.

“Tu corbata, de dibujos concéntricos y pendulares parece difuminarse cuando entramos juntos en el ascensor y tus manos buscan desesperadamente rozarse con mis manos. Y este hecho me agrada, me da vida, recupero algo que imaginaba irrecuperable: la ilusión. En mi cuartito

de paredes lisas, vacías, sin muebles ni cachivaches, convivo sólo contigo en una cercanía lejana, juego con la aproximación y el alejamiento, porque, con el tiempo he aprendido a gozar desde la distancia. Me gustan los hombres más que a los veinte años, pero el amor, el inmortal amor, el que se alimenta de fantasías y quimeras, sólo puede mantenerse a través de una presencia austera y ausente. Escojo los afectos densos, pero no profundos, las situaciones divertidas, pero no chistosas, y huyo de las confidencias como los gatos huyen del agua. Las confidencias producen efectos secundarios irreversibles, créeme. Y ese detalle, a mis muchos años, comprenderás que debe cuidarse. Porque, siendo la vejez el mayor de los dramas es lógico que las mujeres nos refugiemos de sus secuelas entre los pliegues claroscuros del ingenio y la ingenuidad.”

El ascensor, una vez más, inicia el camino en colores: 1, 2, 3... “La tragedia, la gran tragedia de mi vida ha sido la luz, la luz sobre el color. Porque verás, un error, bastante frecuente por cierto, es creer que debemos ver las cosas con claridad y resulta que no, que no todas las cosas merecen la pena ser vistas con claridad. Contaba siete años cuando la vida ya me rebeló este secreto: desde la ventana, la feria de mi pueblo me ofrecía la visión de un mundo mágico, poblado de dragones, duendes, unicornios, sirenas y caballitos. El carrusel daba vueltas y vueltas como un astro radiante e irrepitible. Soñaba con acercarme hasta la fantasía de aquel mundo, gozar de su alegría formando parte de aquella fantástica belleza. Unas monedas, sólo necesitaba unas monedas”.

El cuadrilátero mecánico, como un tácito fluorescente, continúa su monótono ascenso: 4, 5, 6... “Y esas monedas cayeron en mis manos provocándome tal emoción, que no hubo poro de mi piel que no se sintiese regocijado. Pero al llegar ante aquel tióvivo, ante aquella carrocería ecuestre, todo su esplendor quedó reducido al tono más simple y decepcionante. Recuerdo aquellos caballitos: no eran más que grotesca imitación, una absurda pantomima donde sus rechonchos lomos desportillados no podían luchar contra el ímpetu de cada corcel, reducido a una simbólica movilidad. El brillo de sus ojos había sido profanado por la pintura desconchada y su fuerza reducida a un simple pivote en donde los niños, sin plena conciencia, se sentaban felices a soñar. Yo me preguntaba por qué no podía sentirme como ellos, por qué mi risa se había quedado fraguada en una mueca”.

...7, 8... “La vida, no obstante, ha conseguido que acepte cualquier tipo de carrocería. Y es que vivir es un arte, un arte barroco por el que merece la pena morir. Sigo buscando la luz, pero la luz que esconde un libro, un lienzo color sepia o simplemente un objeto inútil. Pero, claro, tú eres aún muy joven y, como todos los jóvenes, detestas lo inútil y adoras lo

funcional. Por eso he de mantenerme en la distancia. La distancia es como el faro en la noche: un alumbramiento en la oscuridad”.

El ascensor se para en seco. Las puertas metálicas se abren y David, con su timbre de voz grave la despide con un movimiento cortés:

-Adiós, señora, buenas tardes.

-Adiós, buenas tardes.

David entra en el vestíbulo de su casa. En el techo, la araña de cristal le da la bienvenida. Ilumina todo un espacio exquisitamente decorado, donde las tulipas de cristales ahumados despiden una tonalidad cremosa, permitiendo que cada objeto brille con luz propia. Sin embargo, los ojos de David pasan de una habitación a otra, como quien va de la nada al vacío.

Sus pies instintivamente encuentran las zapatillas y, después de engullir una comida recalentada al lado de absurdas imágenes televisivas, se deja caer en el sofá, contemplando la ancha ventana donde, a lo lejos, en la otra parte del patio, el horizonte se quiebra con el hierro forjado de una grúa. El joven, en estos momentos, echa de menos la noche, cuando millones de estrellas se entretienen jalonando el cielo. Creía ciegamente en la noche: “La noche produce oscuridades deslumbradoras que llegan a la creatividad, a la lucidez del pensamiento, a la poesía... incluso al sueño”.

Cierra los ojos y poco a poco se va sumergiendo cómodamente en el soporífero espacio que inunda al cuerpo en un grato descanso. Al cabo de unas horas despierta y, al ver el recorrido de las manecillas del reloj, se siente reconfortado. “Llega la noche, y con ella el porvenir, el azar, la esperanza. La noche hace que los deseos adquieran dimensiones verdaderamente importantes. Por eso, esta vez voy a decidirme. Iré, sí, iré a verla, a ella, a esa mujer del noveno piso. Y esta vez sin excusas ni rodeos. Tengo que verla y tengo que verme en esos ojos, en esos verdes, bellos, extraños ojos dueños de una luz que me sobrecoge. No, no se extrañará al verme; no puede extrañarse: las mujeres adivinan cuándo las miramos sin verlas y cuándo las vemos sin mirarlas”.

Con este pensamiento entra en el ascensor y pulsa, sin titubeos, el pulido y brillante automático del número nueve: “Estará, tiene que estar, tiene que verme, tengo que verme con ella”.

El ascensor, como siempre, guía el camino en colores: 14, 13... “porque la vida sólo es un carrusel, un carrusel absurdo”... 12, 11... “porque mientras unos duermen, otros prefieren soñar”... 10, 9... “porque las puertas se abren ante la noche. La noche: un faro en la oscuridad”.

TEJIDO ROTO

Aurora, desde la periferia de su imaginación, lleva días deseosa de escribir una carta. Pero no resulta nada fácil enviar correspondencia al infinito. A pesar de ello se sienta en su escritorio, coge una dorada pluma estilográfica y delante del folio completamente en blanco, medita: “Octubre...en este mes las hojas de los árboles andan sueltas, buscan luz y altura”

“Mi vida pasada –se dice- no es más que un tejido roto. No hay espacio para los recuerdos; si acaso, algún que otro pliegue suelto y, tan decepcionante, que prefiero incinerarlo de la misma manera que incineramos nuestras peores pesadillas tras el humo en sombra, huidizo vómito de cualquier hoguera perdida.”

Su estado de ánimo, no obstante, está hoy más decidido que de costumbre. La mano derecha se apoya sobre la hoja en blanco obligándose a llenarla de palabras:

Querido abuelo:

Es otoño. Las hojas de los árboles se mueren perdidas. A pesar de ello, el sol brilla y yo sonrío. Desde que tú te has ido ya nada ha vuelto a ser igual. Mi madre dice que ha necesitado enterrarte para enterarse de lo mucho que te quería; yo, nunca tuve la oportunidad de quererte. Me parecía que te mantenías en una proximidad lejana. Eras muy callado, no despertabas mi interés.

Todos te llamaban “El-tacañón” abuelo, tengo que decírtelo, y yo como tal te veía, ignorando por completo qué representaba el ‘tal cañón’. Tus ropas eran de sencillo labrador, con alguna que otra mancha en los pantalones y recuerdo que, siempre cubriste las ideas con aquella negra boina raída por el uso.

Tuviste que aprender a defenderte en un mundo tremendamente hostil, con un solo ojo, ya que el otro lo perdiste en La Guerra del 36, ésa que todos nuestros mayores aprendieron de memoria sin habérsela estudiado. Toda la vida te recuerdo entre animales domésticos,

cuidándolos, limpiando sus excrementos y, en la época estival, con tu guadaña al hombro monte arriba, camino de la hierba.

Te levantabas a la hora que canta el gallo, recuperando de la mesilla de noche tu emblemático reloj de bolsillo, objeto tan admirado, que el tiempo no ha logrado borrar de mi pensamiento. Por lo regular, te gustaba desayunar “torta”, masa fina hecha con harina de maíz y leche, que la abuela cocía sobre la chapa de aquella cocina de leña, en la cual, como recordarás y, por llevarte la contraria, ella exclamaba que “sólo debería quemarse carbón”.

Con tus manos encallecidas, recuerdo que hacías madreñas como el artesano más perfecto y, los lunes de mercado, te ibas feliz regresando con un paquetito de “galletas de coco”, mi antojo favorito.

A mis ojos infantiles siempre les pareció que eras leve y ligero como una pluma pero ahora que mi vista, gastada por los años, necesita la ayuda de los lentes, comienzo a atisbar tu pesada carga. Una carga tan densa que te derribaba, obligándote a permanecer, año tras año, aplastado contra la tierra, tu único amor, tu único destino, tu anhelada plenitud. Porque no me negarás, abuelo, que toda tu tacañería no era más que un hurto al porvenir, un intento desesperado, un luchar contra corriente para poseer tierras, tierras y más tierras con las que alimentarías a tu prole y en las que tus nietos vivirían y trabajarían, sin desmayo.

No obstante, abuelo, siempre opinaron tus hijos que la adquisición de tales posesiones, en aquellos míseros años de postguerra, fue llevada a cabo de una forma tiránica. Nunca hubo dinero para el manjar, ni para vestir con elegancia, ni para vivir holgadamente: los billetes sólo se empleaban bien si con ellos se adquirían tierras, tierras y más tierras.

Tal conducta sembró discordias y el futuro no parece haberte dado la razón. Por tus sangrantes y empíricos terrenos reina hoy el abandono más absoluto, el vacío más solitario, la destrucción afectiva más dolorosa. De tus cuatro hijos y de tus cinco nietos ninguno ha decidido recoger tu plenitud, ni continuar con la estirpe de tu carga. Una carga que te obligaba a permanecer a ras del suelo, arrastrándote, haciendo realidad la vida más verdadera, la única que poseías: la tuya.

La casa, hidalga en tu tiempo y cuna de enseres; la cuadra, hogar y despensa del rumiante hoy se despedazan, abuelo, como los afectos familiares. Se congelan tras la nieve de cada invierno y se agrietan un poco más con el calor del último verano. La madera noble del hórreo se pudre, como se pudre la raíz de tu linaje, linaje enfermo por las desavenencias, asfixiado sin remedio, con gangrena en sus extremidades. Hace veinte años que te enterramos y por momentos, vivimos más fallecidos que tú.

Siento este fracaso familiar, abuelo, con un pesado dolor que me obliga a lanzar por mi boca mil ecos, mil sollozos y tristezas. El desarraigo

se cebó en mi corazón. Quisiera que retornases a la vida por el mismo motivo que desearía que retornase el ayer: para arañar unos gramos de infantil felicidad. Sin embargo, no puedes volver. Y fíjate que tal hecho me consuela porque los surcos, tus amados surcos... no soportarías verlos tan perdidos y abandonados.

A veces, mi querido abuelo, para sobrellevar esta aflicción, me invento cosas. Huyo al mar, me transformo en una sirena, como pescado crudo y sonrío a los pescadores. ¿Y tú, qué te inventas tú, abuelo? Me pregunto si allá arriba tendrás pesca.

* * *

En ese preciso momento Aurora, sintiéndose absurda e impotente, suspira, deja de escribir e interrumpe su monólogo interior. Todo lo escrito lo arroja, bruscamente, a la cercana papelera. Sufre, por haber ahondado en su epicentro. Como las hojas de los árboles, sus papeles también precisan luz y altura.

Nunca acertará a comprender por qué, a partir de aquel día, un anciano pescador, con los pies descalzos y los pantalones recogidos en las pantorrillas se hace dueño de sus sueños tejiendo, incansablemente a la orilla del mar, una red rota, mohosa, recubierta toda entera por relucientes escamas de sirena.

AQUELLA ANTIGUA HABITACIÓN

Vivíamos entonces en una oscura y mísera calle, que daba a un patio de paredes negras, porosas, repletas de tendales y sábanas al aire. De las ventanas, siempre abiertas, salía un punzante olor a tocino rancio, refrito mil veces, con el mismo aceite también rancio que penetraba, moleestamente, por las ranuras y las bisagras de la ventana de mi habitación. Era ésta un habitáculo cuadrado, sin más espacio para mí que una cama mediana cubierta por una roída colcha con flores de tonos estridentes, donde descansaba una muñeca tan deslucida y ajada como la colcha. El resto no era más que un improvisado taller diminuto, con dos máquinas de costura, donde mi madre, pegada a ellas, diariamente cosía, cosía día y noche a la vieja luz de una lámpara carcomida de oropel y ciega de cansancio.

Tengo la sensación, que por aquel entonces los días eran escurridizos. Se escapaban mis pequeñas jornadas como los trajes que mamá hacía: desapareciendo inexorablemente de sus manos, de su tiempo y de nuestro espacio.

Algunos ratos, no obstante, eran distraídos, hasta emocionantes, cuando alguna clienta, de rostro monótono y repetitivo a mis ojos, me sonreía, alabando mis cualidades de niña buena “al dejar que mamá trabaje tranquila”. Era el momento éste de sonreír y esperar, con infinita ilusión, que cayeran unas monedas en mi mano para ir hasta el quiosco de la esquina a comprarme pastillas de ‘leche de burra’ que, Antonio, el quiosquero, recuerdo que nos las envolvía con no poco desdén y malos modales.

Fue precisamente en una de estas gratas circunstancias en las que, corriendo, sin querer, tropecé con un hombre que, al ver su camino invadido por unos segundos, me increpó adustamente, mostrándome un rostro severo, de ojos pequeños, mirada fría y semblante desabrido. Su contacto me produjo una extraña inquietud y, por unos segundos, olvidé mis monedas al observar que aquel hombre se dirigía al piso de mamá.

Tardé algo más de lo habitual en comprarme las golosinas. Di paseos absurdos, caminé por el borde de las aceras, traté de silbar..., cosas que nunca hacía. Poco a poco y sin darme cuenta, un miedo inesperado me sobrecogió. Recordé, instintivamente, los consejos que las clientas de mamá, como propina extra, le regalaban:

-Paz, no te conviene andar sola por el mundo.

Con el corazón latiéndome más aprisa de lo habitual, entré de nuevo en nuestro humilde hogar. Allí estaba mamá, toda sonrisas, mejillas encendidas, ojos tiernos, pelo recién peinado... contemplando al señor que yo había visto hacía un momento, complaciente y devota; complacencia y devoción que a mí nunca me había prodigado.

Me quedé helada: fui incapaz de emitir ruido alguno. Podría haberme frotado mis suelas gastadas, hacer crujir mi boca, o simplemente saludar, podría... pero no lo hice. Fue mamá quien se percató de mi muda presencia. Rauda y veloz me pidió que saludara con afecto al invitado, quien no ocultó su rechazo al mirarme. Con un ligero desdén, se permitió después pasear su vista por nuestra habitación, demostrando un frívolo desprecio con la mirada.

Durante las próximas semanas, el ritmo de nuestra vida cambió completamente. Mamá ya no cosía; por el contrario, se dedicó a comprarse finos trajes, guantes, medias transparentes y varios zapatos. A mí me obsequió con un abrigo haciendo juego con un sombrero, botas y una bufanda. Nunca había tenido prendas tan hermosas ni días con tanta soledad. Y mamá jamás había disfrutado de tanto tiempo libre...sin compartirlo conmigo.

Fue al final del otoño, con la primera nieve vistiendo las cumbres de las montañas, cuando mamá me comunicó la noticia: todas nuestras pertenencias serían embaladas y vendidas para irnos a vivir a una casa grande, con amplios ventanales, terrazas floridas, un frigorífico repleto de comida y una enorme habitación sólo para mí, donde –sin hacer ruido– podría jugar, jugar y jugar.

El día que mi antiguo hogar quedó vacío, sin máquinas, sin cama, sin muñeca... el ajeno señor, atravesando la sombría calle, vino a buscarnos. Fue en ese preciso instante en que noté mis ojos humedecidos y no me atrevería a explicar por qué me detuve un instante y miré hacia atrás.

EL CUADRO DE ALMAVIVA

Como por instinto, la primavera se posó en el reducido hemisferio boreal de Almaviva aquella mañana, cuando se dirigía al lúgubre taller del retratista Lázaro Cortés. Le seguía los pasos su íntimo deseo: se veía obligada a darle forma, palparlo, cubrirlo de apariencias. Anhelaba convertirlo en un objeto vivo, un retrato, el cual le permitiría perpetuarse en la vida de su hija y de todos los que, a través de ella, habrían de venir. Convertirse ella misma en tangible legado, ser palpable linaje, ser un pretexto con el que huir del luto inevitable de la muerte.

“El cuadro –se iba diciendo por el camino- tiene que crearse no para verme, sino para conocerme. No puede retratar solo un rostro o una imagen. Ha de ser más, mucho más. Necesito hallar la hondura de un ser, un artista que pueda reflejar, con sus pinceles, a otro ser.”

Y la joven viuda, anclada en soledad, necesitada de paladear días felices elaborando fantasías y quimeras entró, sin dudar, en el vetusto guardillón de Lázaro Cortés. Era éste pintor de oficio, fracasado en aciertos, mutilado en halagos, decadente borrachín, fiel a un ilusorio pasado. Vivía necesitando brillar. Deseaba realizar una gran obra, cubrirla con ese macizo barniz de gloria que le daría la oportunidad de no caer en el espacio doloroso y ramplón del patético olvido.

El sol, ese día, se filtraba por los ventanales iluminando los retratos, gravados, bocetos, fotografías en blanco y negro... todo un conglomerado cuidadosamente repartido por las paredes y sujeto, despreocupadamente, con chinchetas de dibujante.

-Lo que usted me pide –dijo el artista después de escucharla atentamente- es un trabajo muy especial. Será largo y pesado, porque tiene que posar. En un buen retrato lo importante, lo verdaderamente importante, es el rostro. El rostro ha de estar perfecto y, cuando digo perfecto, quiero decir lleno de imperfecciones, la suyas. Pero eso sí, minuciosamente estudiadas, sin el más mínimo defecto.

-Pero mi encargo, Cortés, ha de ser más, quiero decir, mucho más que mi rostro –le matizó con énfasis Almaviva.

-La entiendo, créame que la entiendo –contestó afablemente el viejo pintor, tratando de transmitir la confianza que, inesperadamente, le nacía-. Usted déjese guiar por mis indicaciones y le aseguro que todo saldrá a pedir de boca.

Sin embargo, una mezcla de inquietud y cansancio iba acompañando a Almaviva cada tarde, cuando ésta se acercaba al estudio del artista. Con el correr de los días le parecía que algo no iba bien. Sentía que la realización del anhelado sueño se le escapaba de las manos, convirtiéndose, poco a poco, en un mero capricho.

-Mire, Cortés, en este retrato necesito verme rodeada por un símbolo –le dijo cuando el pintor estaba iniciándose en el difícil dibujo de sus manos-. Veo la vida como un arco iris de intensos colores, donde el negro, el profundo negro, es el dueño de todo.

-Almaviva, permita que le diga que usted ama demasiado la perfección para amar los tonos de la vida –repuso, sin dudarle un segundo, el pintor-. Amar la vida es amar la miseria y la podredumbre; amar la vida es creer en ella aceptando su dolor.

La respuesta del retratista ensombreció la mirada de Almaviva: ciertamente ella buscaba la perfección en aquel retrato, sí, su propia perfección, para los suyos, los venideros. En aquel momento recordó las palabras de su hijita cuando, una noche, con ojos despiertos de fábulas y sueños, le pidió tiernamente algo muy especial: “Mamá, prométeme que no te morirás nunca”. Y Almaviva se ve, a sí misma, cometiendo la torpeza de prometérselo.

-Lázaro, voy a confesarle algo. La vida no es más que un juego, un pulso a muerte contra la muerte, una partida de póker donde ella, La-Muerte se lleva siempre todos los ases. Pero yo, con este retrato, pienso robarle a esa Señora, un comodín.

Lázaro Cortés quedó perplejo durante un segundo. En el ambiente fluía el mismo deseo. Clavó, con incisiva penetración, su mirada en la mujer: la veía cubierta por un reflejo, un reverberar transparente, una luz capaz de avistar su ánima. Buscaba perpetuidad y dudaba. Dudaba de la verdad establecida, dudaba de la propia verdad. Al comprenderlo, el artista se adueñó de aquel bosquejo de miedosas tonalidades como única herramienta válida conque pincelar, el difícil camino hacia la perfección del retrato.

Y con esta cercanía externa, partiendo de pinceladas claras, horizontales, vaporosamente cerradas La-Perfección llegó, posándose vehemente en el lienzo de Lázaro Cortés. El resultado final fue una espléndida creación pictórica donde la imagen se proyectaba viva, cuajada de luz, plagada de expresión sabiamente recreada. La luminosidad del óleo parecía sugerir la narración de secretos lentamente contenidos, valiéndose

de formas perdidas, de colores simbólicos y de la atrayente mirada de Almaviva dotada de una magna fuerza y seguridad. De la simetría de sus manos se alzaba, como un arcano, la figura de un sugestivo comodín.

Celosa y vengativa se quedó La-Muerte aquella mañana de otoño, cuando El Retrato fue expuesto en el escaparate de la mejor galería de la ciudad. La Dama del Más Allá, envuelta en esa moribunda presencia que da la otoñal caída de la hoja, se paró ante el umbral del éxito clamoroso de Lázaro Cortés. Posó, con firmeza, su mirada sobre las manos de Almaviva, portadoras del comodín, el cual, con irónica sonrisa, danzaba alegremente sobre un ataúd. La-Muerte pareció entender aquel desafiante simulacro y, ocultando sus sepultureros dientes, decidió continuar aquel juego de naipes torturando con grotescas pesadillas el inquieto sueño de Almaviva.

Bajo el aspecto de un viento frío e invernal, las alucinaciones arrastraban a Almaviva, noche tras noche, a contemplarse en la maldición del Retrato. La-Muerte esperaba tranquila su triunfo: llevaba buenas cartas. Un amanecer Almaviva se oscureció sintiéndose como en una telaraña absurda. Barajaba con desesperación una salida: “En ti –se decía mirándose en El Retrato- no caben arrugas, ni dolores de espíritu, ni angustias de vivir”. Sobre su hombro, se apoyaba la mueca sonriente de La-Muerte... “No sufrirás, como yo, toda una gama de fantasmales sueños, donde la realidad hace opacas las inmediatas ilusiones o las antiguas ganas de vivir.”

Incomprensiblemente se sentía presa y enferma de aquella belleza encuadrada, de aquella inmovilizada perfección que no parecía haber nacido de sí misma. “Tal vez para ser recordada como en esta imagen –volvió a decirse-, la única posibilidad que me quede sea abrazar mi propia muerte”. Con este pensamiento y sin atreverse a palpar la cercanía de aquel extraño ser que la enajenaba, buscó una carretera donde la velocidad pudiera alcanzarla con facilidad, si cruzaba el peligro con los ojos cerrados.

Ya sentía el impacto del vehículo, cuando la última visión en la retina de Almaviva fue una puerta que se abría dando paso a un pintor, Lázaro Cortés, quien con rostro ceniciento retocaba El Retrato sentado sobre una sepultura: la suya.

El tiempo deshoja los años ocupando El Cuadro de Almaviva, un lugar preferente dentro de las visitas turísticas de la localidad de Gonzaga. Cuenta la leyenda que una joven, asiduamente lo frecuentaba. Al contemplarlo, le parecía que ‘algo tan vivo’ no podría haberse muerto. Sentía la dolorosa pérdida como una ausencia momentánea, como un viaje del que su madre siempre regresaría. Y al abandonar el lugar, los ojos del lienzo se humedecían al comprobar cómo La Dama de Luto, sin temor al olvido, se posaba en la espalda de la muchacha a la vez que paciente, cortejaba la silueta, cada día más brumosa, de un débil comodín.

*Nos desconocemos a nosotros mismos,
porque nosotros mismos estamos detrás
de nosotros mismos.*

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

UNA GAVIOTA EN EL RECUERDO

Me encuentro en una edad tibia, una edad meridional en donde recordar supone hacer culto a ciertos recuerdos. Desde mi confortable rincón en el ‘Café Dindurra’, veo pasar a través del vidrio de la ventana, la adiposa silueta de Florentina como una estampa de alegres y confusas memorias. Con ella renacen las cosas más lejanas, aquel otro tiempo de infantil emoción, cuando, delgadas como lombrices, nuestros días eran un transitar inconsciente, un continuo aletear sin alzar el vuelo, una rubicunda mochila repleta de libros por aprender.

Mi rostro estaba sembrado de granos, tenía el pelo graso y la menstruación se resistía a presentarse como la prueba imborrable de perentoria madurez. Florentina, por entonces, era la reina del colegio. Yo, apenas un bulto menor:

-¿Te sabes la lección?

-No, ¿Tú?

-Yo sí.

-¡Empollona!

-¡Cara Moco!

En el pupitre de la última fila del aula, a hurtadillas, dibujaba paisajes maravillosos nacidos sólo de mi imaginación: eran de color verde, enriquecidos por locos paseos de hojas y frutos maduros. Llevaban la compañía del simulado correr de las enredaderas, la robusta presencia de los árboles frondosos, la suspendida fragilidad de los ornados rosales. Me daba un regusto especial poblarlos con multicolores duendes y hadas diminutas donde el rojo y dorado representaba amor, el negro una herida dolorosa y un resplandor amarillo, el cálido sol.

-María, dígame el presente del subjuntivo del verbo haber.

A veces me distraía oyendo el bramido del viento o, como aquella mañana, la más fiel en mi memoria, observando cómo el fuerte aguacero bañaba las vidrieras de los enormes ventanales.

-Maríaa, le pregunto el presente del subjuntivo del verbo haber.

Estaba convencida de que la felicidad era una dócil palmípeda, una gaviota que volaba bajo, muy bajo, esperando ser atrapada por mis manos. Me ofrecería toda su brisa marina hasta llevarme a la más extensa porción de agua salada, mientras su graznido, su inconfundible graznido, iría labrando fuerza y seguridad en mi mundo interior.

-¡¡¡Maríaaa...!!!

Una regla de madera restalló en una de las cuatro puntas de mi pupitre, haciendo que el presente llegara impetuoso.

-¡Por última vez! Presente del subjuntivo del verbo haber.

Me quedé aturdida sin saber qué decir. A mi alrededor, un sinfín de rostros pequeños y burlones me observaban. Las risitas iban y venían, daban vueltas como un corro cruel. En momentos así, mi orgullo se hacía chato y le pedía al ‘Jesusitodemivida’ que la maestra se olvidara lo antes posible de mí.

-¡Al pasillo! –bramó doña Pepita encendida como una brasa por la ira que le inspiraba.

Aquel pasillo largo y oscuro, era un compañero habitual. No provocaba aislamiento: el aislamiento vivía conmigo. Conocía de memoria toda su pared, entarimada de nogal hasta la altura de mi horizonte. Esto impedía la grata tentación de garabatear, con lápices de colores mensajes, dibujos o monigotes. Sin poder hacer otra cosa me entretuve todo el rato respirando el fondo lejano de otras vidas a través del ruido de sus movimientos.

Transcurrían los minutos a ritmo de caracol cuando la puerta del aula se abrió, apareciendo Florentina como la muñeca más hermosa que yo nunca había visto. Al verme canturreó burlona: “Cara Moco está en Babia, Cara Moco está en Babia”...“Déjame en paz, ¡¡empollona!!” respondí, odiándola.

Ella me sacó la lengua y por mi parte le hice todas las muecas obscenas habidas y por haber. Nada nuevo hubiera sucedido, hermanadas como estábamos por nuestros respectivos mandilones a rayas, si al alejarse no se hubiera vuelto para espetarme: “Dice Álvaro que te operes la cara”. Aquel comentario me encolerizó: Álvaro era el niño más popular del colegio, el rostro moreno con el que yo, diariamente, salía a descubrir estrellas. Él lo ignoraba, en cambio Florentina lo había descubierto.

Con el juicio velado por la cólera, corrí hacia los lavabos cogiendo a Florentina con violencia y encerrándola en un retrete sucio y apartado. A todo esto, sonó la campana que anunciaba el final de las clases.

Yo me quedé un tanto contrariada: las mañanas eran largas y pesadas como un día de castigo sin chocolate o sin golosinas para transcurrir inexplicablemente en un santiamén. Pero, extrañamente, la señal persistía. Al momento, todas las puertas se abrieron de par en par convirtiéndose el colegio en un alarmado hormiguero.

No pude sino sumarme, como una más, a aquel repentino griterío, a aquella nerviosa masa infantil de donde surgió la noticia: “¡Han puesto una bomba en el colegio!”. Asustados, corríamos. Corríamos despavoridos, entretejiéndose el miedo con la aventura. Bajábamos las escaleras sintiendo que éstas ya tambaleaban bajo nuestros pies. Aquellos suelos habitualmente limpios, encerados, relucientes, estaban invadidos por una estampida infantil, encabezada y animada por la vehemencia del profesor de matemáticas, don Rufino; por la angustia de la maestra doña Pepita; por el nerviosismo que mostraba don Aurelio, nuestro impertérrito director quien no cesaba de pasarse las manos por su irreversible alopecia. Les seguía el gesto impaciente de Jesusa, la limpiadora. Ésta, colgando por primera vez las gamuzas, había decidido guiarnos hasta la salida con la autoridad reservada sólo a un guardia de tráfico.

Nos aglutinamos frente a la verja en la puerta del colegio. Mirábamos el edificio como un soporte hueco, un desolado cascarón que se filtraba, con inquietud, por nuestra desconcertada imaginación, franqueada casi siempre por monótonas imágenes en blanco y negro. Y allí, distraída con el ruido y la luz de las sirenas, con la presencia masiva de curiosos, con la algarabía de mis compañeros capaces de llorar y luego reír olvidadizos, me vino a la mente Florentina: nadie la había visto, nadie sabía dónde estaba, era inútil seguir preguntando.

Sin detenerme a meditarlo, resolví entrar a buscarla. Abriéndome paso como pude, llegué de nuevo hasta el umbral de los primeros peldaños. Detrás de mí un coro de voces suplicaban, alarmadas, que retrocediera. Resonando mis pasos como en una iglesia desierta, subí las escaleras que previamente había bajado, con miedo, con muchísimo miedo. Nunca antes había percibido aquel inquietante silencio, más propio de un apartado cementerio que de mi bullicioso colegio.

Imaginando que pronto saltaría por los aires, como en las películas bélicas, fui llegando, jadeante, hasta los servicios, llamando desesperadamente: “¡Florentina... Florentinaaaa!”. Me llegó un eco cavernoso, un feliz sollozo, un lamento, y nunca encontré mi apodo tan dulce y amoroso: “Cara Moco...”.

Bajo un cielo nuboso, salimos al exterior. En la calle se agrupaba la gente entusiasmada para abrazarnos. Medio colegio nos rodeó, mostrando, sin pudor, una inusual alegría. Me quedé fascinada al comprobar que me miraban de la forma que se mira a los héroes laureados

y triunfantes. Sus miradas ponderaban el valor, el coraje, la decisión. Sin pretenderlo, me había convertido en una pequeña heroína rodeada de maravillosas gaviotas cuyo graznido llevaba aromas de besos y frases de felicitación. Anhelaba la presencia de mis padres pero, ante la dicha del momento, su ausencia no me dolió.

Fue en ese instante, de consciente felicidad, cuando me sentí flotar, libre como un pájaro. Mi cuerpo se hizo cauce, brisa marina. Descubrí la importancia de descubrir que nadie puede volar con un ala: ni siquiera la gaviota de la felicidad.

Poco más del mediodía supimos que todo había sido una falsa alarma. Nuestro colegio 'Héroes del Simancas' seguiría vivo: nadie le obligaría a saltar por los aires. Contemplé aquel majestuoso edificio lleno de temores como un barco lejano que por fin recala en su puerto.

Y es ahora, después de tanto tiempo cuando sonrío, entristecida, al evocar aquellos días iluminados de ayer. Mis ojos, a través del vidrio de la ventana, ven desaparecer la estampa de Florentina como un adiós entre la gente. Desde mi comfortable rincón del 'Café Dindurra', el azul cielo palidece, la tarde se acuclilla. En el recuerdo, en mi recuerdo, permanece un ave: un ave sin despedida.

*El tesoro de vuestras profundidades infinitas
quiere ser revelado a vuestros ojos.
Pues el yo es un mar infinito, incommensurable.
GIBRÁN KHALIL GIBRÁN*

LA DANZA DEL EQUILIBRIO

Vivía meciéndose, igual que un líquido dentro de un vaso sin equilibrio. A pesar de ello, Claudia se había iniciado en la habitable luz de las fantasías, al tiempo que aprendía el camino de la vida. Para Claudia, este camino no le resultó difícil mientras creyó en él. Incluso llegó a sentirlo, cual vehículo transmisor de valores y conocimientos; valores y conocimientos que dieron vueltas y vueltas por su pequeño mundo como lo haría un segundero en la esfera de un reloj. Pero un día, Claudia se vio dudando sobre lo eficaz de su existencia y sus jornadas se transformaron en sedimentos, tambaleantes flores de un irrespirable invernadero. “Con frecuencia –se dice a sí misma- creo ser solamente mi pasado. Aun así, no puedo permitir que éste me alcance: si me alcanzara, descubriría la amargura de no reconocerlo; si lo reconociera, la amargura nacería al dejarlo morir”.

Paseaba bajo una fina capa de lluvia, cuya humedad envolvía la mudable faz de La Villa de Jovellanos. Abatida como estaba, Claudia se dejó impresionar por la belleza que le causaba la fachada del teatro más emblemático de su ciudad. Enmarcado en un estilo ecléctico, los tonos oscuros de las vidrieras hacían resaltar las pilastras de piedra, cuyas teatrales figuras emulaban a los antiguos histriones. Las talladas máscaras, con rostros y mensajes crípticos, protagonizaban mediadoras sonrisas, con la evidencia de quien no sabe distinguir la lucha del juego, la risa de la mueca o lo ebrio de lo sereno: “En qué momento estoy –se dice Claudia al mirarlas-, en qué lugar de mi vida, que no me encuentro. Sufro, sí, sufro

debatíendome entre las cosas que se han ido de mi ser o permanecen tras el tiempo”.

“Para conversar largamente a solas, podría transgredir la cercana lejanía de este teatro, penetrar cautamente hasta su escenario y dar vida, en solitario, a la función más visceral y vívida de cuantas se hayan representado”. El dolor, en ocasiones, marca un rumbo, como una estrella y el rumbo de Claudia fue el teatro Jovellanos. Llevaba el aspecto de quien se debate entre un jirón de voluntad y un inevitable derrumbamiento. Anhelaba vibrar, impregnarse con el olor –mezcla de muchos-, del flamante coliseo: partículas inseparables de alguna filmografía, porciones pequeñísimas de la voz de un irrepetible barítono, resquicios de las emociones más contenidas o la panorámica sonora del aplauso mejor sentido.

“No es de mi ropa de lo que ahora me despojo –se dice-, sino de esta piel que cubre todas mis heridas. Y porque duelen, porque se llagan, se descomponen... necesito curarlas, volverlas postilla. Y preciso hacerlo alejada de actores y con los vestuarios sin vida, con el foso de la orquesta ocupado sólo por sillas, por huérfanas sillas; con el telón bajado, sin bastidores ni bambalinas, grito a este graderío hueco, a ésas butacas vacías: ¡aquí estoy, sí, aquí, igual que tú, igual que él, igual que todos los espectadores ausentes... tratando de vivir, o, si preciso un poco más, sobreviviendo. Sobreviviendo como la rosa en el jarrón, con sus días contados; igual que el polvo que cubre nuestros muebles, por leves instantes; lo mismo que la madera de roble o castaño, pudriéndose a causa de la carcoma, insecto coleóptero cuyo cuerpo diminuto roe y roe las sustancias más arbóreas.”

“En ocasiones me pregunto qué es vivir –continúa diciéndose Claudia-, y en ocasiones me contesto que vivir... vivir es tratar de permanecer en un constante equilibrio; mantenerse en lo más alto de la cuerda tensa, como lo haría un experto funámbulo y danzar, danzar y moverse equilibradamente, olvidando siempre que la danza es un vuelo incompleto y corto, irremediabilmente incompleto y corto.”

“Existir. Existir me digo que es inquieto: se gira, se gira como lo haría una peonza sobre la propia púa de hierro, buscando el acomodo más perfecto para que su base puntiaguda pueda rodar alrededor de sí misma en un ruedo efímero. Y si esa subsistencia mía, tuya, nuestra, perdiera equilibrio, se desplazara torpemente igual que la peonza al desplomarse en el suelo habríamos de buscar consuelo subiendo los peldaños de la alta escalera de la superación; repetir, repetir los pasos, desafiando mil veces, si fuera preciso, la inminente caída y así... así hasta desafiar la mano fría o caliente de las Parcas: Átropos, sólo ante la inapetencia de Láquesis, estará dispuesta a hilar de nuevo nuestro cordel: Cloto, siguiendo los deseos de

sus hermanas, nos envolverá con él y nos arrojará con ímpetu, con saña, con sabia parsimonia hasta la gravilla, escenario propicio para la danza de la vida.”

En ese preciso instante la luz eléctrica que iluminaba el teatro Jovellanos parpadea, se quiebra en un lapsus fraccionado. Entre tiniebla y tiniebla, Claudia tiene la sensación de ser trasladada hacia un espacio largo e impreciso, un lugar de perpendiculares rendijas abiertas sólo a su cerrado destino. Destino cuyas entrañas provocan en su ánimo el inicio de un vuelo, de un escindible vuelo al sentirse salir de sí misma, alejarse de su rostro desconocido al que todos dicen conocer, huir de lo que ha sido o, simplemente, le han dejado ser y descansar por un segundo en las pupilas de un dorado escenario.

Para convencerse de que estos volátiles hechos no estaban exentos de realidad, Claudia tuvo la impresión de no estar sola en ningún momento. Un poco aturdida, se vuelve para encontrarse con un ser intangible, de majestuoso semblante, quien, ataviado como un ministro de Gracia y Justicia del siglo XVIII, prestaba más atención a la escritura de una tragedia para teatro ‘*Pelayo*’ que a su persona. Con pluma de ave perfectamente afilada y rodeado de libros, sobres lacrados, cartas, diarios y pergaminos...

-Oiga, ¿quién es usted? –pregunta Claudia un tanto enojada.

-Vamos, no os inquietéis –escucha decir con la más afable de las voces-, me llamo Gaspar, don Gaspar Melchor de Jovellanos. Como vos podéis comprobar este teatro lleva mi nombre. Soy vuestro anfitrión, la parte indisoluble de esta Villa, la presencia más real dentro del espacio más irreal.

Enmudecida, Claudia se dijo que era la evocación, los límites consustanciales de su ciudad, el desdibujado silencio que permanece entre dos repiques de campana; la configuración subsistente entre el entendimiento y el desafío de la razón. Al trasluz de una vela, tan consumida por el uso que ya ésta se permitía cuajar velados riachuelos de cera, aquel rostro sereno se rompía en colores, en hojas de otoño, en anochecido amanecer. Viéndole tan hacendoso tuvo la certeza de que, para él, cada gota de tiempo era hacer presente el pasado; un reiterativo testimonio de que su vida, una trepidante carrera de obstáculos, no era sueño de ayer, sino cautiva realidad.

-Perdone, ¿Usted vive en su pasado?

-No, Claudia, yo no lo vivo, yo... simplemente lo sostengo.

-¿En una recámara?

-Sí, en la sinuosa recámara del pensamiento de esta ciudad.

Tras escuchar estas palabras Claudia tuvo el convencimiento de traspasar, perdida, la corteza del tronco de un árbol centenario, acariciar,

con la yema de los dedos, la savia, el recorrido de su savia; llegar hasta la sempiterna voz del viento, el cual, al moverse entre los espacios, danzaba. Allí estaba, a su lado e igualmente danzando, el estremecimiento de las hojas de robles y castaños; el trino de los pájaros cantándole a una noche cuyo manto estrellado cubría a Claudia, danzante peregrina de bagaje solitario y aspirante a un mundo de hierba húmeda y cuerpo de manantial.

Caía una fina capa de lluvia sobre la mudable faz de La Villa de Jovellanos. Al sentirla sobre su rostro, Claudia parpadea y entre parpadeo y parpadeo se siente igual que una ondina saludando a un opaco amanecer. Sobre sí pesaba de nuevo toda la miopía de la realidad: ésta se imponía al abrirse las puertas del teatro alejando a Claudia de un público ansioso por ver la función que se anunciaba ¡¡*El lago de los cisnes*!! Un susurro de vida acaricia el ánimo de Claudia, sorprendiéndola como si la magia de una nueva esperanza danzara, a su lado danzara, danzara, danzara.



El Teatro Jovellanos de Gijón en 1930

ÍNDICE

- 4 -Estación de silencio*
- 9 -Locura esférica*
- 13 -Juego de sombras*
- 16 -Melodía urbana*
- 19 -Tren de cercanías*
- 22 -Luces de carrusel*
- 27 -Tejido roto*
- 30 -Aquella antigua habitación*
- 32 -El cuadro de Almaviva*
- 35 -Una gaviota en el recuerdo*
- 39 -La danza del equilibrio*